

Astudillo llevó á Roma un escrito de Adriano, de 28 de Febrero, en que expresaba su agradecimiento á los cardenales, y decía no esperar sino la llegada de los legados para encaminarse á Roma; á lo cual contestó en seguida el Sacro Colegio, que no era menester aguardarse á los legados, sino se apresurara lo más aceleradamente posible á dirigirse á la Ciudad Eterna, su verdadera residencia (1). Algunos cardenales particulares, como Campegio, suplicaron asimismo al Papa en propios escritos, que acelerase su ida á Roma para poner fin á la confusión y falta de consejo que allí se sufrían (2); y cuánto temieran todavía los cardenales, que el Papa estableciese su corte en España, lo muestra el haberse negado al principio á enviarle el anillo del Pescador (3). Cuanto más se difería la venida del Papa, tanto se hacía mayor el descontento general y el temor de una segunda cautividad en España, parecida á la de Aviñón (4). Vino á aumentar este temor, un breve falsificado, en que se invitaba á los cardenales á dirigirse á España (5).

Mas en realidad, no pensaba Adriano en permanecer en la Península ibérica; y testigos libres de toda sospecha confirman, que el Papa aseguraba repetidamente, su ardiente deseo de verse en Roma (6); á pesar de lo cual, se oponían á la partida varias clases de obstáculos. Adriano debía despachar sus negocios como Gobernador, y en atención á que el mar estaba infestado de piratas turcos, que hacían la navegación peligrosa, necesitaba procurarse tropas para la flota, para lo cual se veía reducido, por su pobreza, al auxilio ajeno, especialmente de los españoles. No podía tomar el camino de tierra por Francia, porque en ello hubiera mirado el Emperador una manera de público favor dispensado á su enemigo.

También en otros conceptos, se hacía sentir la dificultad de la situación del Papa respecto de las grandes Potencias rivales, cada una de las cuales procuraba ganar al Jefe de la Iglesia para

(1) Sanuto XXXIII, 74, 79-80, 103-107.

(2) Cf. la carta de Campegio en la *Zeitschr. f. deutsche Geschichtswissenschaft.*, N. F. I, Vierteljahrshefte 1896/97, 72 s.

(3) Sanuto XXXIII, 162, 265. Bergenroth II, n. 408. Cf. la \*carta de Castiglione de 14 de Abril de 1522, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. las \*relaciones de Castiglione de 19 de Abril y 30 de Mayo de 1522, existentes en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Tizio, \*Hist. Senen., loc. cit. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(6) Cf. la carta de Fra Vincenzio di S. Gimignano, citada arriba p. 43, not. 1.

sus particulares fines; los imperiales asediaban al Pontífice con intolerables importunidades; el embajador Don Juan Manuel se permitía dar consejos que no se le habían pedido, y en parte, aun á escribir cartas del todo descomedidas; Mendoza dió pasos para sobornar á las personas de confianza de Adriano (1). Carlos V se apresuraba á dirigirse al Papa con una multitud de deseos y pretensiones, ante todo, con la petición de que, siguiendo el ejemplo de su predecesor, entrara en la alianza contra los franceses. Adriano usó para con su antiguo Soberano y Señor la mayor prudencia, previsión y sabia reserva. En lo que pudo, se portó con él como padre y amigo; pero nunca lo hizo á costa de la alta dignidad que, como Cabeza de la Cristiandad, le pertenecía.

Después que Adriano hubo esperado inútilmente en Vitoria por mucho tiempo la llegada de La Chaulx, anunciada por el Emperador, á 12 de Marzo, se dirigió por el valle del Ebro, pasando por Santo Domingo y Logroño, á Zaragoza, á donde llegó el 29 del propio mes. Muchos obispos y prelados españoles, así como numerosos Grandes, se habían reunido en la capital de Aragón para cumplimentar al nuevo Papa—el primero á quien veían en España—(2). Poco después se presentaron también enviados de Portugal, Inglaterra y Saboya (3), así como La Chaulx, que traía, como principal encargo, procurar que Adriano entrara en la liga antifrancesa. En uno de los escritos de puño y letra de Carlos V, que le llevaba La Chaulx, se había permitido el Emperador la observación de que Adriano había sido elegido por respeto á él. En su respuesta, que respira toda ella gran benevolencia, declaró el Papa con exquisito tacto, estar convencido de que los cardenales habían tenido, en su elección, respeto al Emperador; pero que se tenía por muy feliz por no haber alcanzado la tiara á ruegos de Carlos, pues la adquisición de ella debía ser pura y libre de toda mancha; por lo cual se sentía todavía más obligado para con el Emperador, que si hubiera obtenido el Pontificado por mediación del mismo (4).

(1) V. Gachard 7 ss., 47 ss. 55 s. 69 s. Cf. de Leva, II, 133.

(2) V. Ortiz, *Itinerarium* publicado por Burmann 162 ss. Cf. Gachard. *Corresp.* 47 ss.

(3) Además de Sanuto XXXIII, 302, cf. también Gachard, *Corresp.* 78 y *Corp. dipl. Port.* II, 71 ss.

(4) Lanz I, 61 s. Las instrucciones para La Chaulx pueden verse en las *Denkschriften der Wiener Akademie XXVIII*, 250 s.

Fuera de esto, manifestó también Adriano claramente que, á pesar de toda su personal predilección por Carlos, no quería, como Papa, dejarse llevar á remolque de su política. Rehusó con la mayor resolución el tomar parte en la alianza antifrancesa, y requirió más bien al Emperador para que favoreciera la paz, aceptando condiciones equitativas, razonables y justas, y entre tanto ajustara una larga tregua. Cada día se echaba de ver más claramente, que concebía su pontificado como un apostolado de paz (1); y no quería servir á los fines privados de un monarca particular, sino á los universales intereses del mundo cristiano. Por esto había insistido desde el primer momento, en la necesidad de restablecer la paz entre los Estados cristianos, y de unirse los mismos para resistir eficazmente á los ataques de los musulmanes (2). En orden á la paz se resolvió desde luego diputar enviados especiales al Emperador y á los reyes de Francia, Inglaterra y Portugal (3); á Francia debía dirigirse como Nuncio Esteban Gabriel Merino, arzobispo de Bari; Adriano había rogado al monarca francés expidiera para éste un salvoconducto, y exhortaba al propio tiempo á la paz, así á Francisco I como á los principales personajes de su Corte (4). Estos escritos no se enviaron hasta después del 8 de Marzo, día en que el Papa aceptó pública y solemnemente la dignidad papal; por lo cual Francisco I se querelló, de una manera harto áspera, de que se le hubiera participado con más tardanza de la ordinaria el comienzo del gobierno del Papa; y aun parece se permitió designar al Papa, legítimamente elegido, con el título de Cardenal de Tortosa (5). Adriano contestó, en un breve de 21 de Abril de 1522, en muy tranquilo estilo (6); y la apostólica mansedumbre que aquel documento respiraba, de tal manera desarmó al monarca francés que, en su segundo escrito de 24 de Junio, tomó un tono

(1) Höfler 159.

(2) V. el breve á Venecia de 13 de Marzo de 1522, publicado por Sanuto XXXIII, 129 s. Cf. Bergenroth II, n. 402.

(3) Cf. Sanuto XXXIII, 302.

(4) Cf. Pieper, Nuntiaturen 63. Faltan los breves correspondientes, dirigidos á Francia, hasta uno de 29 de Marzo de 1522, cuyo original hallé en el *Archivo nacional de París* (L. 357); el cual va dirigido al arzobispo de Sens. V. también el breve á Portugal en el Corp. dipl. Port. II, 76 s.

(5) V. Höfler 163 s. Según Manuel (Bergenroth II, n. 417), Francisco I reunió consulta de canonistas contra Adriano VI.

(6) Gachard, Corresp. 262 ss.

totalmente distinto. Francisco declaró entonces su propensión á ajustar una tregua, y hasta invitó al Papa á hacer por Francia su viaje á Roma (1). Adriano rehusó este ofrecimiento, lo propio que el de Enrique VIII, de dirigirse á Italia por Inglaterra y Alemania; queriendo evitar toda apariencia de sancionar, con una visita al monarca inglés, su actitud belicosa contra Francia. Pero de las disposiciones de Francisco I se fiaba tanto menos, cuanto la más favorable actitud del mismo se hallaba indudablemente relacionada con los malos sucesos de sus armas en la Italia septentrional. Muy pronto quedó destruido allí totalmente el señorío de los franceses: á la derrota de Bicocca, de 27 de Abril, siguió, á 30 de Mayo, la pérdida de Génova. También tuvo que rehusar Adriano VI el extraño consejo de Don Juan Manuel, de dirigirse á Italia por los Países Bajos y Alemania (2).

Lo propio que ante las Potencias, conservó Adriano asimismo la independencia de su posición ante el Colegio de los cardenales. Por medio de Juan Winkler, persona de su confianza, les hizo anunciar, que no podían en manera alguna enajenar, distribuir, ni empeñar los empleos vacantes, sino debían reservarlos todos á la disposición del Papa (3). También se manifestó Adriano ya desde entonces como reformador, y aplicó la segur á la raíz cuando, sin oír á los curiales, no confirmó sencillamente, según la tradición, las reglas de la Cancillería, sino introdujo en ellas muchas mudanzas, con las que principalmente cercenó los privilegios de los cardenales (4). Con la publicación de estas nuevas

(1) Ibid. 262 s. nota. En el *Archivo nacional de París* pocas son, por desgracia, las cartas que se conservan de Francisco I á Adriano VI. En una \*carta fechada en París, á 17 de Diciembre de 1522, pide el rey al Papa la confirmación de los statuts et reformatiões de l'abbaye et monast. de S. Victor de l'ordre de S. Augustin, que hizo el arzobispo de Sens. Francisco se firma aquí votre filz le Roy de France, duc de Millan, seigneur de Gennes Francoys.

(2) Höfler 156, 164; Lepitre 186.

(3) Höfler 162.

(4) La prescripción, quod cardinales non comprehendantur sub regulis cancell., se suprimió enteramente. Ya indicó Gómez (Comment. in regul. cancell., Paris, 1547) en los títulos correspondientes, importantes diferencias en las reglas de la cancillería De non tollendo iure quaesito, de infirmis resignantibus, de subrogandis collitigentibus, de triennali possessore, de publicandis resignationibus. Es inexacta la afirmación sostenida todavía por Höfler, de que Adriano VI revocó todas las reservaciones. El reiteró las llamadas reservaciones generales et speciales de sus predecesores, tanto las que se contienen en las constituciones Ad regimen de Benedicto XII y Exsecrabilis de Juan XXII como todas las demás que hay en las primeras reglas de la cancillería. Tam-

reglas de Cancillería, hecha á 24 de Abril de 1522, juntó el Papa la institución de una nueva magistratura para el despacho de las numerosas solicitudes que se le dirigían (1).

En la primera semana de Mayo, quiso Adriano dirigirse desde Zaragoza á Barcelona, pasando por Lérida; y todo estaba ya preparado para la marcha, cuando vino á crear nuevos obstáculos el haberse declarado la peste en ambas ciudades. Hubo de buscarse para el embarque otro puerto, y el Papa, al comunicar esta noticia á los cardenales y á los romanos, á 19 de Mayo, les contaba al mismo tiempo, las dificultades con que tenía que luchar para reunir una flota que le pudiera llevar seguramente á Italia por el golfo de Lión, infestado de piratas turcos (2). Hasta 3 de Junio no pudo anunciar Adriano á los cardenales, que los obstáculos estaban superados (3).

Á 11 de Junio marchó el Papa de Zaragoza á Tortosa, á donde llegó la antevíspera de la fiesta del Corpus (18 de Junio). Á 26 de Junio escribía desde allí, que pensaba embarcarse dentro pocos días (4); pero como no se habían reunido aún todas las embarcaciones, fué necesaria una nueva dilación (5). Finalmente, á 8 de

bién la revocatio expectativarum se halla ya en las reglas de la época anterior. Pero es exacto, que Adriano VI aquí precisamente puso adiciones esenciales, por las cuales se quitaban también especialmente los privilegios en favor de los cardenales, y se anulaban las facultades nominandi, reservandi, conferendi, commendandi, como también los nombramientos y reservaciones efectuadas en virtud de estos poderes. Es del todo nueva y rigurosamente decisiva la anulación de las facultades sobre la venta de los cargos curiales y de todas las concesiones que con relación á estos cargos fueron otorgadas por León X y por el sacro colegio durante la sede vacante. Estoy muy obligado y agradecido á la bondadosa ayuda que para estos pormenores me ha prestado el Dr. Göller.

(1) Ortiz en Burmann, 167-168. La fecha exacta de la primera publicación la ha establecido v. Domarus en el Hist. Jahrb., XVI, 76. La segunda publicación tuvo efecto en Roma, el 25 de Septiembre de 1522, como lo indica la nota final de la edición romana de las Regulae de 1522. En la composición de las Regulae tuvo parte Melchor de Baldasini; v. Göller en el Archiv. f. Kirchenrecht, LXXXVI (1906), 21.

(2) V. Sanuto, XXXIII, 303 s., 306 s.; cf. 301. Gachard, Corresp., 82 ss., 92 ss. Corp. dipl. Port., II, 77, 79, 80.

(3) V. la \*carta en el apéndice, n.º 69, la cual está tomada del *Archivo secreto pontificio*.

(4) \*Habemus parata omnia, quae ad navigationem nostram necessaria sunt et intra paucos dies adiuvante Domino velificaturi sumus. Carta á N. N. (quizá al colegio de los cardenales), fechada Dertusae 1522 Junii 26. Hay de ella una copia en la *Biblioteca de Mantua*, Lett. di div.

(5) Cf. la \*carta de Girolamo Adorno al arzobispo de Capua de 10 de Julio

Julio, se embarcó el Papa, á pesar del extraordinario calor, en el próximo puerto de Ampolla. La partida fué tan inesperada, que una gran parte de la comitiva no llegó al puerto hasta el oscurecer; y por efecto del desfavorable temporal, no se pudo navegar hacia Tarragona hasta el 10 de Julio (1). Aquí se produjo una nueva detención por no estar todavía dispuestos todos los buques. Por fin, en la tarde del 5 de Agosto, pudo hacerse la flota á la vela. Habíase conservado secreta la hora de la partida, y se hallaban á bordo el cardenal Cesarini, como representante del Sacro Colegio, Mendoza, en nombre del Emperador, y unos dos mil soldados. La galera en que iba Adriano VI, se distinguía por un pabellón de terciopelo rojo carmesí, con las armas pontificias (2).

Adriano VI había enviado al Emperador, á 15 de Julio, además de Marino Caracciolo, que ya se hallaba á su lado, otro hombre de su confianza en la persona de Bernardo Pimentel (3). Carlos V, que, á 16 de Julio, había desembarcado en Santander, despachó por su parte al Papa al señor de Zevenbergen, para comunicarle, junto con otras muchas peticiones, el deseo de verse con él personalmente antes de su partida de España. Adriano se negó, sin embargo, á cumplirle este deseo, alegando diferentes motivos; en un escrito de 27 de Julio aseguraba al Emperador, cuánto había deseado tener una entrevista con él; pero con los grandes calores, no quería consentirle un viaje acelerado, y él mismo no podía esperar más largo tiempo, pues ya se había diferido demasadamente su partida para Roma (4).

Como Adriano había repetido antes varias veces, su deseo de ver todavía al Emperador en España, estas excusas apenas fueron suficientes para explicar el hecho, que en todas partes despertó la mayor admiración (5), de que el Papa, después de haberse detenido durante meses enteros, se hiciera á la mar pre-

de 1522 (*Biblioteca de Mantua*, loc. cit.). La exhortación á la paz que Adriano dirigió al emperador, en 4 de Julio, se halla en Compt. rend. de la commiss. d'hist. 3. Serie III, 299.

(1) Desde Tarragona dirigió Adriano VI un breve laudatorio á Alb. Pio de Carpi; v. Semper, Carpi, 14 s.

(2) Cf. Ortiz, Itinerarium, 173 ss.; Höfler, 178 ss., 188.

(3) V. la carta de Adriano, de 15 de Julio de 1522, en Compt. rend. de la commiss. d'hist. 3 Serie, III, 300.

(4) Lanz, I, 63.

(5) Cf. la carta de Negri de 15 de Agosto de 1522 en Lett. d. princ., I, 106.

cisamente cuando ya Carlos se hallaba en territorio español. No le faltaban á Adriano motivos para rehusar una personal entrevista: sabía muy bien que Carlos no aprobaba sus negociaciones con Francia, y podía asimismo temer que el Emperador volvería á insistir en otras pretensiones que le era imposible otorgarle. Á este número pertenecía el nombramiento de nuevos cardenales, que Carlos había solicitado urgentemente, y que le rehusaba precisamente en el mencionado escrito de excusa. Pero más que todo esto, era sin duda decisiva la consideración á la actitud imparcial que Adriano estaba resuelto á tomar como Jefe supremo de la Iglesia; pues, no quería, con semejante entrevista, dar ocasión al monarca francés, de suponer que el poseedor de la Santa Sede estaba al lado de su adversario (1). Por lo demás, para no ofender al Emperador, le dirigió, á 5 de Agosto, estando ya á bordo, un muy cariñoso escrito que, además de preciosos consejos, contiene una nueva excusa por su partida: cartas de Roma y Génova le habían manifestado cuán necesaria era su presencia en Italia. También se tocaba allí la diferente manera de entender la situación respecto de Francia: bien sabía él que el Emperador era contrario á un tratado con Francisco I, hasta que se hubiera quitado al monarca francés un número suficiente de fortalezas, entre ellas las extranjeras, para hacerle imposible el moverse á su arbitrio en todas direcciones. «Pero Nos consideramos también el peligro con que amenaza á la Cristiandad el poder de los turcos, y somos de parecer, que hay que oponerse primero al peligro mayor. Si nosotros defendemos y amparamos los intereses de nuestra fe, aun cuando sea á costa de nuestras ventajas temporales; en vez de permanecer indiferentes ante el daño de la Cristiandad; el Señor acudirá en nuestra ayuda» (2).

Aun cuando la escuadra que debía conducir á Italia á Adriano, constaba de 50 embarcaciones, navegaba, para mayor seguridad, á lo largo de la costa. En Barcelona se halló un solemne recibimiento; pero no se tocó en Marsella por no fiarse de los franceses. El Papa celebró la fiesta de la Asunción de la Virgen en S. Stefano al Mare, no lejos de San Remo; en Savona, el arzobispo Tomás Riario le hospedó con toda la magnificencia de un prelado del Renacimiento. De 17 á 19 de Agosto permaneció

(1) Cf. Baumgarten, II, 218.

(2) Gachard, Corresp. 103 s. Höfler, 180 s.

Adriano en Génova, donde consoló á sus habitantes, gravísimamente afligidos por la guerra; aquí se presentaron á saludar al Papa el duque de Milán y los Capitanes Generales de las tropas imperiales, Próspero Colonna, el marqués de Pescara y Antonio de Leiva (1).

El estado tormentoso del mar hizo difícil la travesía hasta Liorna, obligando al Papa á permanecer cuatro días en el puerto de Portofino; y con el perpetuo temor de tropezar con piratas turcos, se llegó finalmente á Liorna á 23 de Agosto (2). Allí hicieron al Papa un solemne recibimiento los enviados de los Estados de la Iglesia (3) y cinco cardenales toscanos: Médici, Petrucci, Passerini, Ridolfi y Piccolomini. Como éstos se hubiesen presentado con traje enteramente seglar, con sombreros españoles y armas, el Papa lo censuró con graves palabras (4); y habiéndosele querido regalar la preciosa vajilla de plata, con que estaba adornada la mesa en el castillo, repuso: «La verdad es que los cardenales se tratan aquí como reyes. Procurad más bien tesoros para el cielo» (5). Asimismo rehusó el Papa las apremiantes súplicas del cardenal Médici y de los florentinos, para que visitara á Pisa y Florencia, y estableciera por de pronto su residencia en Bolonia, á causa del peligro de la peste. «¡Tengo prisa, replicó, de llegar á Roma; á Roma!» (6) No se preocupaba de que reinara allí la peste (7), y en cuanto se levantó un viento favo-

(1) V. Ortiz, *Itinerarium*, 178 ss., 182 ss., 185 ss.; además Gachard, *Corresp.* 107 s. La carta aquí publicada de Adriano muestra la inexactitud de la narración, de que el Papa había negado la absolución á los generales imperiales. Höfler, 185, hizo ya notar esto; á pesar de lo cual Lepitre, 209, repite esta falsa narración. En el *Archivo Gonzaga de Mantua* se halla el original de un \*breve de Adriano VI al marqués de Mantua ex triremi, de 11 de Agosto de 1522, acerca de su viaje.

(2) V. Ortiz, *Itinerarium*, 188 s., y la relación de M. da Silva en el *Corp. dipl. Port.*, II, 91.

(3) Cf. Chiesi, 107.

(4) Cf. Cappelletti, *Il p. Adriano VI a Livorno*, en *Miscell. Livorn.*, I (1894), 3.

(5) Tizio, \**Hist. Senen.*, loc. cit. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(6) V. Sanuto, XXXIII, 426, 431. Cf. la \*carta de T. Campeggio á Bolonia, fechada en Roma á 11 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(7) A los embajadores florentinos se les encargó que indicasen de una manera especial el peligro de peste que había en Roma; v. \**Instruzione ai m. ambasc. deputati a far reverentia alla S<sup>a</sup> di N. S. quando sarà arrivata ad Livorno*, deliberata ad 16 di Augusto 1522. *Archivo público de Florencia*.

rable, se apresuró á dirigirse á la nave, sin participarlo á los cardenales, que se hallaban todavía á la mesa (1).

Al atardecer del 25 de Agosto, aportó Adriano á Civitavecchia, y al día siguiente pisó por primera vez el territorio de los Estados Pontificios. Una gran muchedumbre de personas, entre ellas numerosos curiales, le esperaban en la playa; y, como enviados del Sacro Colegio, habían comparecido los cardenales Colonna y Orsini (2). El Papa contestó breve, pero oportunamente, á la alocución con que le saludó el primero, y, lo propio que en los demás sitios donde se había detenido en su viaje, fué aquí su primera visita á la catedral; después se dirigió á la Rocca, donde comió al medio día y concedió audiencias. Luego, á 27 de Agosto, volvió el Papa á embarcarse. Á los necesitados que se agolpaban en derredor suyo, les dijo: «Amo la pobreza, y veréis lo que voy á hacer por vosotros.» Contrarios vientos dificultaron á 28 de Agosto el desembarque en Ostia. Adriano fué el primero que, con sólo seis personas, bajó á un pequeño bote, y sin ajeno auxilio saltó á tierra, con ímpetu casi juvenil. También allí se apresuró ante todo á dirigirse á la iglesia para orar. Los cardenales habían preparado un convite en el castillo, pero el Papa rehusó esta invitación, comiendo solo, y montando luego en seguida en una mula, que le debía conducir al monasterio de San Pablo fuori le Mura. Con el mayor desorden seguían á su presuroso Señor los cardenales y el resto de la comitiva, entre el calor y el polvo, y en el camino les salieron ya al encuentro muchos curiosos, y la guardia suiza con una litera. Después de resistirse un poco, accedió por fin el Papa á servirse de ella, pero súbitamente la abandonó y volvió á montar en su mula, mostrándose en esto tan fuerte, que todos se maravillaron. Durante la travesía, é inmediatamente después de su llegada, se había sentido Adriano tan mal de salud, que no pocos temieron por su

(1) Jovius, Vita Adriani VI.

(2) G. de Medici participa desde Roma, el 17 de Agosto de 1522: \*Hanno li prefati r<sup>mi</sup> [cardenales] ordinato una intimatione a tutti li cardinali absentati da Roma, che si debbino trovar quà e alli r<sup>mi</sup> Orsino e Colonna che come legati debbino inviarsi alla volta di Civitavecchia per incontrar S. S<sup>a</sup>, dove per breve al s. collegio fa intender voler venire a di lungo senza far posata in loco alcuno, e di li si delibererà, se vorrà andare alla volta di Viterbo o quello vorrà fare. El 21 de Agosto: \*Ayer partió el cardenal Colonna, hoy le seguirá Orsini. 25 de Agosto: \*Muchos cardenales y una gran parte de la corte se han puesto en camino para Civitavecchia. *Archivo público de Florencia.*

vida; mas llegado al fin de su viaje, parecía tener de nuevo fuerza juvenil, y cabalgaba, hablando con animación con el embajador imperial Don Juan Manuel. Así le vió el representante de Venecia: «Su rostro, escribía el mismo, es largo y pálido, el cuerpo fornido, las manos blancas como la nieve, y todo su aspecto impone reverencia; aun su misma sonrisa tiene algo de gravedad» (1). El exterior ascético sorprendía á todos los que por primera vez contemplaban al nuevo Papa: «Hubiera jurado, se dice en un escrito enviado á Venecia, que ha sido religioso» (2).

Como quiera que en Roma reinaba la peste, aconsejaban muchos al Papa se hiciera coronar en San Pablo; pero Adriano no accedió á ello, y resolvió que la ceremonia se celebrara en San Pedro, con la mayor sencillez posible. Después de ella pensaba permanecer en Roma, á pesar de la epidemia (3), pues quería tranquilizar con su presencia á sus moradores, gravemente afligidos, y poner orden en la Ciudad. Por efecto de la ausencia del Papa, y de haberse declarado la peste, una gran parte de los curiales había abandonado á Roma, en términos que Castiglione la comparó con una abadía despojada (4). Las circunstancias eran allí verdaderamente caóticas: mientras los fieles acudían por remedio á las procesiones de rogativas, un griego llamado Demetrio podía poner en escena, para apartar el azote de la peste, un formal conjuro con el sacrificio de un toro; contra lo cual procedió finalmente el vicario del Papa (5). Se comprende,

(1) Sanuto XXXIII, 434-435; cf. 426 s., 430. \*Carta de A. Taurelli, de 27 de Agosto de 1522, existente en el *Archivo público de Módena*. \*Carta de G. de' Medici de 28 de Agosto de 1522, que se halla en el *Archivo público de Florencia*. Ortiz en Burmann, 192. Brewer, III, 2, n. 2771. Höfler, 188 s.

(2) Sanuto XXXIII, 432.

(3) En 23 de Agosto de 1522, G. de' Medici podía participar que: \*To davía no estaba determinado, si la coronación sería en S. Pablo ó en S. Pedro: nel uno luogo e altro si fa preparatione, la qual sarà con poca cerimonia e manco spesa; ancora che la peste vadia continuando al far danno, questi ministri di S. S<sup>a</sup> dicono farà la incoronatione a S. Pietro et che Sua B<sup>ne</sup> si fermerà in Roma. *Archivo público de Florencia.*

(4) Carta de 16 de Agosto de 1522: Roma pare una abatia spogliata per esserse partito un numero infinito de persone (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Sobre la mala situación que reinaba en Roma por efecto de la ausencia del Papa, cf. la \*carta de A. Taurelli, fechada en Roma á 7 de Junio de 1522, que se halla en el *Archivo público de Módena*.

(5) Además de la carta de Negri (Lett. d. princ., I, 106<sup>b</sup>), cf. señaladamente las relaciones que se hallan en Sanuto, XXXIII, 401, 402-403. A Gregorovius

pues, que Adriano se apresurara, y fijara su entrada luego para el siguiente día.

A 29 de Agosto, dijo el Papa, muy de mañanita, una misa rezada; la cual nunca había omitido, ni aun durante el penoso viaje por mar; luego hizo que le presentaran á los cardenales, en el magnífico crucero de San Pablo. A todos los recibió con una amistosa sonrisa; pero sin distinguir á ninguno de ellos; después de lo cual, le tributó el Sacro Colegio la primera adoración, en la sacristía adyacente (1). En esta ocasión Carvajal, como deán y cardenal-obispo de Ostia, pronunció un discurso, en el que lamentó, con libertad de espíritu, los males que habían traído sobre la Iglesia, papas indignos, elegidos por simonía; por lo cual saludaba con tanto mayor gozo á Adriano, que era de tan diferente índole; y aun cuando no se necesitaban particulares exhortaciones para con un Papa semejante, quiso, sin embargo, representarle especialmente siete puntos: Primero, que suprimiera la simonía, la ignorancia, la tiranía, y todos los demás vicios que afeaban á la Iglesia; se valiera de buenos consejeros y tuviera enfrenados á los funcionarios del Gobierno. Segundo, que reformara la Iglesia conforme á los Concilios y á los cánones, en cuanto los tiempos lo permitían. Tercero, que, respecto de los cardenales y prelados, honrara y levantara á los buenos, y tuviera solicitud de los pobres. Cuarto, que se administrara justicia sin distinción á todos, y se confiriesen los empleos á los mejores. Quinto, que prestara auxilio en sus apuros á los fieles, particularmente á los nobles y religiosos. Como sexto punto tocó el cardenal la necesidad de oponerse á los turcos, que amenazaban á Hungría y Rodas; para lo cual era necesario establecer una tregua entre los príncipes y recaudar fondos de cruzada. Para terminar, recomendó Carvajal la reconstrucción de la iglesia de San Pedro, que con gran dolor suyo había sido derribada. Si el Papa hiciera estas cosas, su

(VIII<sup>o</sup>, 389) se le pasaron éstas por alto, y por esto da fe á Bizarus (Hist. Gen., XIX, 456), quien refiere que Demetrio sacrificó un toro á los demonios en el coliseo. Adriano VI no pudo haber favorecido tales supersticiones, como dice un enemigo suyo; lo cual se manifiesta por su *Sanctio in magos* y su proceder contra la magia y culto del demonio; cf. Raynald, 1522, n. 15; 1523, n. 87; Bull. V, 24 s.; Cantù, *Storia di Como*, 106; Lepitre, 318 s. Cf. Soldan-Heppe, I, 515 y Hansen, *Quellen zur Geschichte des Hexenwahns*, 34 s.

(1) Sanuto XXXIII, 428, 431.

nombre resplandecería con igual gloria ante Dios y ante los hombres (1).

En su breve respuesta, dió el Papa las gracias por su elección, y declaró las causas de su tardía llegada, así como también, que estaba de acuerdo con el amplio programa de reformas desarrollado por Carvajal; luego rogó á los cardenales que renunciaran al derecho que poseían, de ofrecer asilo á los malhechores. Todos lo otorgaron; después de lo cual, tuvo lugar en la basilica de San Pablo la segunda adoración. En una nueva alocución, conjuró Adriano con palabras conmovedoras, á los cardenales presentes, prelados, embajadores y grandes de Roma, á que le apoyaran con sus oraciones.

Produjo grande expectación, la extraordinaria severidad que manifestó desde luego el nuevo Papa. De las numerosas súplicas que se le presentaron, solamente suscribió las de los conclavistas; habiéndose atrevido Ascanio Colonna á interponer sus ruegos en favor de Lelio della Valle, que había cometido un homicidio, contestó Adriano: «No se conceden absoluciones por homicidios, excepto por muy graves causas, y después de haber oído á aquellos que se consideran injuriados. Queremos, pues, oír á ambas partes; pues nuestro designio es, que se cumpla la justicia aunque se hunda el mundo.» Luego, un palafrenero que Adriano había traído consigo de España, le pidió un canonicato; y la contestación fué: «No queremos otorgar canonicatos, sino á aquellos que cumplan con la residencia, y no á los palafreneros.» También el obispo de Pesaro, habiendo pedido un canonicato de San Pedro, recibió una repulsa. Al cardenal Campegio, que le hizo otra súplica semejante, contestó Adriano: «Ya veremos.» El Papa rehusó incondicionalmente, la admisión de composiciones por dinero; las gracias que pudiera conceder, quería darlas gratuitamente. Cuando, finalmente, se aglomeró la gran muchedumbre de los palafreneros de León X, y le suplicó de rodillas, que los confirmara en su servicio, Adriano nadá les contestó, limitándose á hacerles con la mano señal de que se levantarán. A los romanos, que querían levantar un arco de triunfo en la Porta Portese, les hizo indicar suspendieran el trabajo; pues tal homenaje era

(1) V. Höfler, 193 s. El mismo publicó el texto original del discurso en los *Abhandl. der Münchener Akad.*, IV, 3, 57-62. El \*código de la Bibl. Vallicell., no designado por Höfler con pormenores, lleva la signatura J. 49.

pagano, y no sentaba bien á cristianos piadosos. A la diputación de las Autoridades romanas, dirigió el Papa frases de consuelo, respecto á la peste que reinaba en la Ciudad, advirtiendo á los habitantes, que tuvieran buen ánimo, pues él se contentaría con muy poco para su persona (1).

Aun cuando, conforme á la expresa voluntad de Adriano, se evitó en lo posible, en su entrada en Roma, toda exagerada pompa, los habitantes no quisieron dejar de adornar sus casas con tapices; y, llenos de alegría, porque al fin, después de nueve meses, volvían á ver á un Papa, salieron á su encuentro con demostraciones de júbilo. Adriano fué conducido en litera hasta la puerta de San Pablo, y luego montó en un blanco caballo. Cerca de la iglesia de San Celso vino una procesión de niños con la imagen de la Madonna del Pórtico, que hacían trece días venían paseando por la Ciudad, para conjurar el azote de la peste. Adriano, no solamente se quitó el sombrero, sino también el solideo y se inclinó profundamente delante de la milagrosa imagen; al paso que los cardenales se limitaron á quitarse el sombrero. Mientras retumbaban los cañones del castillo de Sant-Angelo, la comitiva se dirigió, bajo los ardientes rayos de un sol de Agosto, á la basílica de los Príncipes de los Apóstoles.

Luego el próximo domingo, 31 de Agosto, tuvo lugar en San Pedro la coronación, con las ceremonias usuales. A causa de la peste, no fué tan grande como de costumbre la asistencia del pueblo; y la solemnidad, en la que se evitaron todos los gastos excesivos, transcurrió tranquilamente. El convite de la coronación no fué sibarítico, pero tampoco mezquino; y luego á continuación se dirigió el Papa á una sala contigua, donde conversó con los cardenales, retirándose después á sus aposentos.

El primer edicto del nuevo Papa prohibió, bajo graves penas, llevar armas en la Ciudad, y desterró de Roma á todas las personas de vida escandalosa. Otra segunda ordenación prohibió á los eclesiásticos usar barba, con la cual tenían más apariencia de soldados que de sacerdotes. Tal sencillez, piedad y severidad, como manifestaba abiertamente el nuevo Papa, nunca aún las

(1) V. Sanuto XXXIII, 428, 431, 435-436; Ortiz, *Itinerarium*, 195 ss.; Brewer, III, 2, n. 2521; Negri en las *Lett. d. princ.*, I, 107; las \*\*cartas de G. de' Medici de 29 y 31 de Agosto de 1522 (*Archivo público de Florencia*); Blasius de Martinellis, *Diarium en Cancellieri*, Possessi, 86 s. Cf. Höfler, 194 s.; Lepitre, 210 s.; Creighton, V, 198 s.

habían visto los curiales (1), y constituían el más rudo contraste imaginable respecto del excesivo lujo, mundana alegría y refinada cultura, que habían dominado bajo el Papa Médici.

Mientras los cardenales, prelados y cortesanos de León X, murmuraban secretamente, los testigos imparciales no negaban al nuevo Papa su reconocimiento; su vida ejemplar y santa, su gran sencillez, piedad y amor á la justicia, producían impresión profunda aun en los observadores inclinados á la censura (2). «Adriano, refiere uno de éstos, es amigo de la ciencia, principalmente de la Teología, y no puede sufrir á los sacerdotes ignorantes. Distribuye su tiempo con orden riguroso, entre la oración y las ocupaciones propias de su cargo; no tiene junto á sí más que dos servidores flamencos, que son hombres sencillos; y el resto de su servidumbre consta del menor número posible de personas.» A los cardenales, que rogaban al Papa se proveyera de una servidumbre correspondiente á su dignidad, contestó: que no podía ser, porque debía antes pagar las deudas de su predecesor. Cuando se enteró de que León X había tenido unos cien palafreneros, santiguóse diciendo: que á él le bastaban perfectamente cuatro; pero, como era decente que tuviera más que un cardenal, pensaba tener doce.

Generalmente se estimaba, que el nuevo Papa juntaba en su exterior la dignidad con la buena gracia; y aun cuando se hallaba ya en el sexagésimo cuarto año de su edad, parecía ser á lo más sexagenario. Hablaba siempre en latín y, según observaban los italianos, no lo hacía mal para un «bárbaro»; pero su pronunciación les agradaba menos, por las muchas guturales ásperas.

Contrastando con la afición de León X á los placeres, sorprendía á todos que Adriano conservaba en palacio su severa forma de vida, y, según acentuaba el embajador veneciano, guardaba una conducta enteramente ejemplar. El español Blas Ortiz observa, no haber notado nunca cosa mala en aquel Papa, el cual

(1) Sanuto XXXIII, 429, 431, 437-438. Blasius de Martinellis en Gatticus, 385 ss. Ortiz en Burmann, 195-199; *Lett. d. princ.*, I, 107b. En Redlich, *Nürnb. Reichstag*, 6, hay relaciones alemanas. \*\*Carta de G. de' Medici de 31 de Agosto de 1522, que se halla en el *Archivo público de Florencia*. \*Carta de A. Taurilli de 31 de Agosto de 1522, que se halla en el *Archivo público de Módena*. \*Relación de T. Campegio á Bolonia, de 11 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) Para lo que sigue, v. especialmente la carta de Negri publicada por Sanuto, XXXIII, 429-430; cf. *Lett. d. princ.*, I, 108.